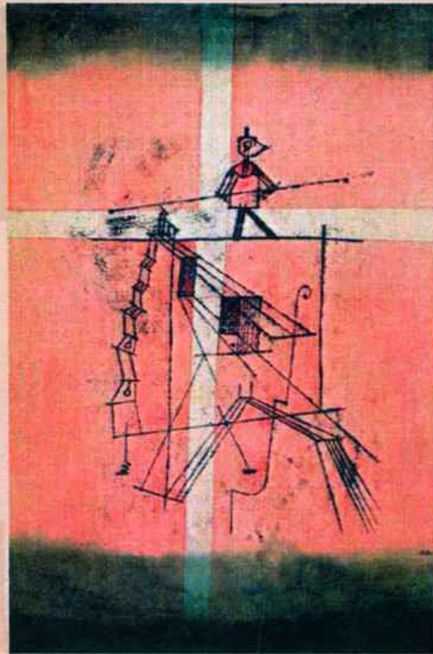


609

EXCESO Y PRUDENCIA



SOLEDAD CROCE
EMMANUEL BISET
[COMP.]

Exceso y Prudencia

Emmanuel Biset
Soledad Croce
(comp.)

CUADERNOS DE NOMBRES

 Editorial Brujas

Universidad Nacional de Córdoba, Rectora Dra. Carolina Scotto
Facultad de Filosofía y Humanidades, Decana Dr. Gloria Edelstein
Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades.
Director Dr. Claudio Díaz

Comité de redacción: Gustavo Cosacov, Carlos Longhini,
Sebastián Torres, Diego Tatián

Publicación del Área de Filosofía del Centro de Investigaciones de la
Facultad de Filosofía y Humanidades,
Universidad Nacional de Córdoba

Exceso y prudencia / compilado por Emmanuel Biset y Soledad Croce. - 1a ed. -
Córdoba :
Brujas, 2009.
404 p. ; 215x15 cm. - (Cuadernos de nombres)

ISBN 978-987-591-169-7

1. Filosofía. I. Biset, Emmanuel, comp. II. Croce, Soledad, comp.
CDD 190

© Editorial Brujas

1° Edición.

Impreso en Argentina

ISBN:978-987-591-169-7

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de tapa, puede ser reproducida,
almacenada o transmitida por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico,
óptico, de grabación o por fotocopia sin autorización previa.



 Editorial Brujas

Miembros de la CÁMARA
ARGENTINA DEL LIBRO



www.editorialbrujas.com.ar editorialbrujas@arnet.com.ar

Tel/fax: (0351) 4606044 / 4609261- Pasaje España 1485 Córdoba - Argentina.

Barbarie y prudencia en el pensamiento de C. G. Jung

José Ezcurdia (Universidad de Guanajuato)

Carl Gustav Jung establece un vitalismo filosófico en el que considera que la vida, a la vez que se determina como fuente de la conciencia y la cultura, es objeto de un menosprecio y un desconocimiento sistemáticos que llevan a la conciencia y a la cultura mismas a formas diversas de decadencia y autodestrucción. En este sentido, coloca a las nociones de prudencia y barbarie como los parámetros para situar el desarrollo de un proceso vital en el que la intuición, el conocimiento y el cuidado de sí, al permitir a la vida dar el fruto que su forma supone, —precisamente un hombre libre y una sociedad justa y amorosa—, evitarían que la modernidad fuese la cuerda que al ser tirada ahorcara a la humanidad haciendo de la propia cultura, sus dispositivos políticos y el progreso tecnológico, formas de la barbarie y del exceso mismo, de la muerte y la ciega destrucción.

Revisemos algunos planteamientos preliminares para hacer expresas estas concepciones. Para Jung psique y vida se identifican. Lo vivo es en esencia psíquico y lo psíquico, lo vital, presenta una estructura simbólica. Así, la conciencia, el yo y la razón, aparecen como manifestaciones de la vida, pero ésta no se reduce a ellos, y lo que es más, por cierto endurecimiento y unilateralidad, pueden negarla, limitando su desarrollo, para pervertir de este modo su cabal afirmación.

Para Jung los símbolos provenientes del inconsciente han sido desde siempre el principio fundante no sólo de la personalidad del hombre individual fiel a sus creencias mitológicas y religiosas, sino de naciones y pueblos enteros que en el desarrollo del símbolo o arquetipo mismo, han encontrado el patrón de su propio desenvolvimiento histórico¹. Jung nos dice en este sentido:

¹ Cf. Jaffé, A., *De la vida y la obra de C. G. Jung*, Libro Guía, Madrid, 1992, p. 53. “El método de investigación de Jung era preeminentemente histórico. Consistía, en esencia, en comparar ideas e intuiciones, y los esclarecimientos

Se puede percibir la energía específica de los arquetipos cuando experimentamos la peculiar fascinación que los acompaña. Parecen tener un hechizo especial. Tal cualidad peculiar es también característica de los complejos personales; y así como los complejos personales tienen su historia individual, lo mismo les ocurre a los complejos sociales de carácter arquetípico. Pero mientras los complejos personales jamás producen más que una inclinación personal, los arquetipos crean mitos, religiones y filosofías que influyen y caracterizan a naciones enteras y a épocas de la historia².

Jung afirma que la sistemática negación de la vida inconsciente y simbólica que se revela en sueños y que se encuentra plasmada en la mitología de los pueblos más diversos, es un rasgo característico de una modernidad que ha hecho de la razón la sola vía para interpretar el mundo, el lugar y la forma del hombre en el mundo mismo³. Nuestro autor apunta que esta sistemática negación, aún cuando aparece como principio del desarrollo de la ciencia y la cultura modernas, ha dejado una serie de secuelas psicológicas y emocionales que resulta importante analizar:

No podemos permitirnos ser ingenuos al tratar de los sueños. Se originan en un espíritu que no es totalmente humano sino más bien una bocanada de naturaleza, un espíritu de diosas bellas y generosas, pero también crueles. Si queremos caracterizar ese espíritu, tendremos que acercarnos más a él, en el ámbito de las mitologías antiguas o las fábulas de los bosques primitivos, que en la conciencia del hombre moderno. No niego que se han obtenido grandes ganancias con la evolución de la sociedad civilizada. Pero esas ganancias se han

que había logrado del material empírico proporcionado por sus pacientes, con la evidencia histórica”.

² Jung, C.G., *El hombre y sus símbolos*, Caralt, Barcelona, 2003.

³ Cf. Henderson, J. L., “Los mitos antiguos y el hombre moderno”, en Jaffé, A., *op. cit.*, p. 106. “Como ya ha señalado el Dr. Jung, la mente humana tiene su propia historia y la psique conserva muchos rastros de las anteriores etapas de su desarrollo. Es más, los contenidos del inconsciente ejercen una influencia formativa sobre la psique. Conscientemente, podemos desdeñar esos contenidos, pero inconscientemente respondemos a ellos y a las formas simbólicas –incluidos los sueños– con que se expresan”.

hecho al precio de enormes pérdidas cuyo alcance apenas hemos comenzado a calcular⁴.

Dada la importancia que Jung reconoce en el símbolo como principio genético de la personalidad y la cultura, podemos preguntar ¿cuál es el perfil de una cultura moderna que en todos sus ámbitos ha hecho de la negación de las culturas tradicionales y su aparato simbólico el principio de su propia forma? Una modernidad que en los dominios metafísico, epistemológico y científico, ético y político, ha privilegiado a la razón por sobre la sin razón de la mitología y la vida inconsciente, ¿es una cultura civilizada, que ha logrado expulsar los horrores de la injusticia, la guerra y el exterminio?

Jung señala que la negación de una tendencia inconsciente, la represión o la perversión de un símbolo genético de la personalidad y la cultura, equivale a su transmutación en una fuerza negativa o “sombra” que irrumpe de manera violenta en la conciencia. Las iglesias y religiones institucionales en primer término, y el racionalismo moderno en segundo, han mediado perversamente o cancelado el vínculo inmediato del hombre y los pueblos con su vida anímica arquetípica y sus símbolos, sentando las condiciones de una irrupción de los mismos en términos de una “sombra” destructiva y alienante, que es la inhibición efectiva de todo proceso de humanización. Jung apunta en este sentido: “Tales tendencias forman una «sombra» permanente y destructiva en potencia en nuestra mente consciente. Incluso las tendencias que, en ciertas circunstancias, serían capaces de ejercer una influencia beneficiosa, se transforman en demonios cuando se las reprime”⁵.

Más adelante señala:

El budista deshecha el mundo de las fantasías inconscientes como ilusiones inútiles; el cristiano pone la Iglesia y la Biblia entre él y su inconsciente; y el intelectual racionalista ni siquiera sabe que su consciencia no es el total de su psique. Esta ignorancia persiste hoy día a pesar del hecho de que desde hace más de setenta años el inconsciente es un concepto

⁴ Jung, C.G., *op. cit.*, p. 45.

⁵ *Ibid.*, p. 90.

científico básico que es indispensable para toda investigación psicológica sería⁶.

Jung apunta que cuando las fuerzas instintivas del inconsciente son negadas, ya sea por normas o prescripciones morales, o por un aparato económico-político determinado, sufren un proceso de incubación y perversión, para renacer como demonios que conducen a una serie de excesos y anomalías psicológicas, ante las cuales la conciencia se horroriza, una vez que se descubre a sí misma con las manos manchadas de sangre. Ya sea a nivel individual o colectivo, la represión de la dimensión biológico-simbólica por las exigencias de una modernidad que privilegia el concepto al símbolo, la conciencia racional al conocimiento del inconsciente, aparece como fuente de una neurosis que es el motor interior del exceso y la barbarie. En relación al carácter de los pueblos sujetos a la propia modernidad apunta:

Nuestros tiempos han demostrado lo que significa abrir las puertas del inframundo. Cosas cuya enormidad nadie hubiera imaginado en la idílica inocencia del primer decenio de nuestro siglo han ocurrido y han trastocado nuestro mundo. Desde entonces, el mundo ha permanecido en estado de esquizofrenia. No sólo la civilizada Alemania vomitó su terrible primitivismo, sino que también Rusia está regida por él y África está en llamas. No es de admirar que Occidente se sienta incómodo⁷.

Jung, al hablar de barbarie, tiene sobre la mesa nada menos que los horrores de la primera y la segunda guerras mundiales. Nacional-socialismo y comunismo le parecen manifestaciones de una conciencia que al vertebrarse en la razón, de ningún modo pudo dialogar con las fuerzas irracionales del inconsciente.

Para nuestro autor, la génesis de un hombre responsable de sus actos, capaz de hacer del amor y la justicia valores que se determinen como expresión de un proceso creativo y no como meros esquemas vacíos, no se consigue por la imposición de ninguna norma abstracta e impersonal que de lugar a un proceso de normalización, sino precisamente por la afirmación de los

⁶ *Ibid.*, p. 100.

⁷ *Ibid.*, p. 90.

principios vitales constitutivos de la psique, que se condensan en el universal arquetipo del “Sí mismo”, y los diferentes símbolos en los que éste encuentra un ámbito de manifestación y desarrollo⁸. El “Sí mismo”, como vivencia emotiva de la totalidad de la psique, como adecuada circulación entre las dimensiones consciente e inconsciente, es para Jung el cuadro de una salud emocional que refleja autoconciencia y gobierno de sí, en tanto un proceso de individuación que brinda al hombre carácter y responsabilidad, frente a la inercia de todo gregarismo político alienante y esclavizante. En este sentido, a los excesos del nazismo y el comunismo, se suman los de un capitalismo en el que el comprar y el vender, resultan mecanismos de represión y normalización, que terminan por hacer del hombre la puerta de la irrupción violenta de una insatisfacción vital por el que la vida misma se degrada en violencia y odio. Jung señala al respecto:

Es ese estado de cosas el que explica el peculiar sentimiento de desamparo de tantas gentes de las sociedades occidentales. Han comenzado a darse cuenta de que las dificultades con las que nos enfrentamos son problemas morales y que los intentos para resolverlos con una política de acumulamiento de armas nucleares o de «competición» económica sirve de poco, porque corta los caminos a unos y otros. Muchos de nosotros comprendemos ahora que los medios morales y mentales serían más eficaces, ya que podrían proporcionarnos una inmunidad psíquica contra la infección siempre creciente⁹.

La modernidad desde el punto de vista junguiano ha de retomar y perfeccionar el camino andado por las culturas tradicionales, para generar nuevos desarrollos del arquetipo del “Sí mismo”, en tanto

⁸ Cf. “El descubrimiento de Jung más importante durante sus años de experimentación fue el hecho de que estaba ocurriendo un proceso de desarrollo en el inconsciente que tenía como objetivo la plenitud de la personalidad. Este proceso (Jung más tarde lo llamó el «proceso de individuación») con frecuencia se describe en la forma de imágenes del inconsciente que representan la circunvalación de un centro. También el objetivo del proceso, la totalidad psíquica del proceso o el «self» que abarca tanto el consciente como el inconsciente, con frecuencia aparece como un círculo, un mandala estático”, Jaffé, A., *op. cit.*, p. 55.

⁹ Jung, C.G., *op. cit.*, p. 82.

núcleo integrador de un hombre completo, en el que los aspectos racionales e irracionales de la psique se armonicen y engendren recíprocamente en la producción de una cultura de la concordia. Para Jung, el conocimiento de sí se traduce en la aprehensión del arquetipo que, como gobierno por un lado, y huella, marca, tipo, por otro, es el principio de la construcción de un carácter que se libera de la influencia de su sombra. Jung subraya en este punto:

La psicología se ocupa del acto de ver y no de construir nuevas verdades religiosas, en un momento en que ni siquiera las doctrinas existentes han sido comprendidas aún. Es sabido que en materia de religión no puede comprenderse nada que no se haya experimentado interiormente [...]. De manera que si como psicólogo digo que Dios es un arquetipo, me refiero al tipo impreso en el alma, vocablo que, como es notorio, deriva de *Tipos*-golpe, impresión, grabación¹⁰.

En este sentido, Jung apela a la estructura inconsciente de la Sabiduría. Este arquetipo, presente en múltiples culturas alrededor del globo, implica el desenvolvimiento de un diálogo del hombre consigo mismo, de modo que a la vez que se sustraiga a la ciega acción de su sombra misma, permita el florecimiento de una conciencia articulada en los motivos del amor y la prudencia.

Jung da cuenta de la forma de la Sabiduría en la tradición occidental, a partir de las figuras de María, la madre de Cristo, y el Espíritu Santo:

En lo que se refiere al aspecto humano de Cristo —si es que se puede hablar en absoluto de un aspecto únicamente humano—, se destaca de manera harto clara su «filantropía». Este rasgo está ya insinuado en la relación de María con la Sabiduría y, además, de manera especial, en la procreación de Cristo por el Espíritu Santo, cuya naturaleza femenina está personificada por la Sabiduría, ya que ella es el modelo histórico inmediato del *agios pneuma*, el cual es simbolizado por la paloma, el ave de la diosa del amor¹¹.

¹⁰ Jung, C. G., *Psicología y Alquimia*, Tomo, México, D. F. 2002, p. 22

¹¹ Jung, C. G., *Respuesta a Job*, Fondo de Cultura Económica, México, D. F., 2006, p. 76.

Jung deplora el carácter monoteísta de la cultura occidental, en la cual un Dios varón, *Yavé*, reprime y cancela el papel vinculante del símbolo de la diosa-mujer –la Sabiduría– como gatillo de la construcción de una sociedad en la que la paz no sea preparación para la guerra, sino expresión de la justicia. El monoteísmo judeocristiano, al mediar y limitar el vínculo del hombre con sus estructuras inconscientes, niega a las mujeres el derecho de ser reconocidas política y humanamente como seres dignos de respeto y reconocimiento y, a su vez, prepara la manifestación de una serie de impulsos reprimidos en términos justos de un belicismo y una barbarie que amenazan al conjunto de la humanidad. Jung, valiéndose de la propia simbología bíblica, nos dice al respecto: “Mientras que los hombres, bajo esta dura disciplina, se aplican a ensanchar su conciencia mediante la adquisición de cierta sabiduría, es decir, mediante la adquisición, en primer lugar, de prudencia y circunspección, este mismo proceso histórico hace patente que Yavé ha perdido de vista, desde los días de la creación, su coexistencia pleromática con la sabiduría”¹².

El análisis de los arquetipos o símbolos inconscientes manifiestos en sueños o mitologías diversas, es el principio a partir del cual Jung realiza un diagnóstico sobre los excesos de una cultura occidental y moderna que privilegia escleróticamente la conciencia en detrimento del inconsciente, el yo en menosprecio del arquetipo y su desarrollo, la economía de mercado en contra de la vida y la salud del individuo, en tanto fundamentos para generar una moral en la que la diosa Sabiduría, la prudencia o diálogo del alma consigo misma, venza los excesos que mantienen al hombre al borde de la autodestrucción.

Este diagnóstico en última instancia, se constituye como un llamado al hombre contemporáneo a llevar adelante una transformación de carácter cualitativo respecto de los mecanismos vertebradores de su conciencia, que en su condición actual, se constituye como ámbito expresivo no de la prudencia y del amor, sino de la ciega violencia, donde se afirma la “sombra” misma o, en la propia terminología bíblica, “la cólera de Dios”. Jung nos dice al respecto en *Respuesta a Job*:

¹² Jung, C. G., *op. cit.*, p. 57.

El Apocalipsis que se encuentra al final del Nuevo Testamento, le trasciende a éste y apunta hacia un futuro cuyos horrores apocalípticos son palpables de inmediato. La decisión de un cerebro hermostático en un momento de desatino puede bastar para provocar la catástrofe mundial. El hilo del que pende nuestro destino se ha hecho muy delgado. No es la naturaleza, sino «el genio de la humanidad» el que ha anudado en torno a su cuello el lazo fatal con el que puede ahorcarse en cualquier instante. Ésta es sólo una *façon de parler* distinta de la que emplea san Juan cuando habla de la «cólera de Dios»¹³.

Jung analiza una cultura moderna que a sus ojos hace del racionalismo filosófico, del desarrollo científico y del progreso tecnológico el marco de la emergencia de un proceso de autodestrucción en el que cristaliza una incapacidad de introspección y autoconocimiento. Como venimos diciendo, Jung concibe el autoconocimiento como la formación de un sujeto que lleva adelante la aprehensión y el desarrollo de sus principios psíquico-genético inconscientes. Este autoconocimiento tiene como expresión una religión y una cultura en la que la mujer, a la vez que es reconocida política y culturalmente, es elevada al rango de Diosa: María, como madre de Cristo, es también su esposa, en tanto esposa de Dios¹⁴. El cristianismo, como el protestantismo, retiene la evolución del dogma y con éste la génesis de una cultura en la que lo femenino como encarnación del diálogo del alma consigo misma, tenga una manifestación efectiva. Jung nos dice al respecto:

Las consecuencias de la declaración pontificia [relativa a la instauración del culto mariano] no pueden escamotearse y hacen que el punto de vista protestante quede abandonado al *odium* de una simple religión de varones, que no conoce ninguna representación de la mujer, algo semejante al mitraísmo, al que este prejuicio acarreó muchas desventajas. Es

¹³ Jung, C. G., *Respuesta a Job*, op. cit., p. 138.

¹⁴ Cf. Jaffé, A., op. cit., p. 64. “Detrás del vínculo entre los sexos está el «Sí mismo», el arquetipo del todo, que contiene y al mismo tiempo une los opuestos en la naturaleza humana. Esta dualidad y unidad están expresadas en el lenguaje figurativo de la alquimia por medio de pares de opuestos como Rex y Regina, Adán y Eva, Sol y Luna, ave y víbora, o por medio del concepto más general y abstracto de una *conicidentia oppositorum*”.

claro que el protestantismo no ha prestado atención suficiente a las señales de la época, las cuales apuntan hacia la igualdad de los derechos de la mujer. Esta igualdad de derechos tiende a alcanzar una fundamentación metafísica en la figura de la «mujer divina», de la esposa de Cristo. Lo mismo que la persona de Cristo no puede ser sustituida por una organización, tampoco la esposa de Cristo puede ser sustituida por la Iglesia. Lo femenino exige tener una representación tan personal como lo masculino¹⁵.

El marcado masculinismo occidental en el que la mujer ve negados sus derechos políticos y sociales, encuentra su expresión en la articulación de una Iglesia que escamotea a María su forma como esposa de Dios. A la miopía y perversión de la simbología eclesiástica se suma, según Jung, como decíamos, un racionalismo y una ilustración que se constituyen como desenvolvimiento del propio cristianismo en tanto negación sostenida del carácter productivo de la dimensión inconsciente.

Para Jung, el hombre moderno tiene ante sí el reto de llevar a cabo la cabal afirmación de la vida en la cultura, de modo que esta última no se constituya como ámbito de destrucción y muerte. El hombre, para Jung, ha de enfrentarse al desafío que implica descifrar el enigma que entraña su interioridad y desarrollar la forma del arquetipo del “Sí mismo” en términos de amor y sabiduría, evitando así su violenta irrupción como principio de la barbarie. Jung en este sentido nos dice:

El problema es ahora el problema del hombre. El hombre tiene en sus manos una terrible fuerza de destrucción; el problema consiste en si podrá resistir al deseo de usarla, en si podrá refrenar este deseo con el espíritu del amor y de la sabiduría. [...] Sea cualquiera la significación de la totalidad del hombre, del «Sí mismo», empíricamente esta totalidad es una imagen, producida de manera espontánea por el inconsciente, de la meta de la vida, y está más allá de los deseos y de los temores de la conciencia. Esta totalidad representa la meta a que ha de llegar todo hombre, con o contra la conciencia¹⁶.


¹⁵ Jung, C. G., *op. cit.*, p. 57.

¹⁶ Jung, C.G., *op. cit.*, p. 153.

Jung sitúa su diagnóstico sobre la condición de la cultura moderna en el marco de un vitalismo metafísico que emplaza al hombre a encarar la responsabilidad de conocerse a sí mismo, como vía para desarrollar a cabalidad a la vida misma que toda vez que es su fundamento inmanente, se constituye como el horizonte para fundar una cultura que escape a los horrores de la barbarie y la autodestrucción. En este sentido, como decimos, Jung hace un llamado al hombre moderno a ampliar el horizonte cognoscitivo que suponen las religiones institucionales y el racionalismo filosófico y científico, para retornar y hacer efectiva una experiencia vital en la que el vínculo del hombre con la vida se traduce tanto en la efectiva afirmación de ésta como poder creador –evitando su manifestación como sombra– como en la promoción de un hombre libre, que hace el esfuerzo por conquistar y hacer valer su propia forma humana.



CUADERNOS DE NOMBRES

 Editorial Brujas

ISBN 987-591-169-0



9 789875 911697